

La crisis afgana, su contexto regional y Estados Unidos

Por *Carlos M. TUR DONATTI*

Instituto Nacional de Antropología e Historia, México

A SEIS MESES DEL FATÍDICO 11 de septiembre ¿cuál es la situación de la región centroasiática después de la derrota de los talibanes y la denuncia del “Eje del Mal” por el presidente George W. Bush?

En estos días es evidente que el gobierno provisional de Ahmed Karzai, con el apoyo de las tropas internacionales, sólo controla efectivamente las ciudades de Kabul y Kandahar. Si bien las fuerzas armadas de Estados Unidos derrotaron mucho más rápida y fácilmente de lo que preveían los analistas a las milicias del régimen talibán y de Al-Qaeda, no concretaron un objetivo de gran valor simbólico: la captura de Osama Bin Laden y del Mullah Omar... Pero los dirigentes de Washington en sus discursos públicos los han borrado para disimular su fracaso parcial.

Otra interrogante resulta ineludible: ¿qué ha pasado con los milicianos seguidores de los dos líderes mencionados? Según una versión de la prensa, evacuaron en masa las ciudades ante el aniquilador bombardeo norteamericano; sin embargo no se han disgregado totalmente y en estos momentos resisten en las montañas del noreste,¹ limítrofes con las áreas tribales pakistaníes que gozan de plena autonomía y tienen fuertes afinidades étnicas y religiosas con los combatientes afganos.

Han empezado, por otro lado, a reflotar enfrentamientos entre las etnias principales y los señores de la guerra. El asesinato de un ministro del gabinete de Karzai por funcionarios del propio gobierno provisional, los combates con decenas de muertos entre tajikos, uzbekos y pashtunes en el Norte, y aun entre tribus de la misma etnia, al parecer por el control de porciones del negocio de la droga, no auguran un futuro de estabilidad y paz, según la propia CIA norteamericana.²

Ante estas complicaciones crecientes, los Estados Unidos han bombardeado a los contendientes para separarlos y amedrentarlos. Es en estas complejas circunstancias que la nueva doctrina de guerra del Pentágono muestra sus limitaciones. Los bombardeos sobre facciones

¹ Noticiero CNN, 20 de marzo del 2002, canal 47 de Cablevisión.

² “Riesgo de caos en Afganistán por tensión étnica: CIA”, *La Jornada*, 22 de febrero del 2002, p. 31.

de la misma Alianza del Norte ¿resultarán el método más adecuado para crear un consenso mínimo y armar una administración y un ejército nacionales en un país altamente fragmentado y con su infraestructura destruida?

Es obvio que estas limitaciones deben resultar evidentes para los estrategias de Washington, entonces ¿cómo responderán?, ¿comprometiendo tropas propias en combates terrestres? Si optan por este expediente ¿no aumentará la xenofobia de los afganos ante el incrementado número de soldados “infieles”?

Reconstruir el país podría resultar más eficaz como política prioritaria, pero la coalición “antiterrorista” no muestra en los hechos una actitud decidida para emprender esta vía. Mientras el Pentágono lleva gastados treinta mil millones de dólares en la campaña afgana, Naciones Unidas calcula que se necesitan unos 25 mil millones en diez años para la reconstrucción. En la reciente reunión de Tokio para obtener dicho financiamiento sólo se lograron amarrar 3 800 millones de dólares para invertir en cinco años.³ La conclusión es obvia: no se considera al país centroasiático territorio pacificado y seguro.

Esta prudencia entre los países ricos tiene dos consecuencias inmediatas: aumento del flujo de drogas duras y aplazamiento en la construcción de oleogasoductos desde los yacimientos del mar Caspio. Es sabido que el régimen talibán había prohibido en los últimos tiempos la siembra de la adormidera y que la producción de heroína había caído espectacularmente.⁴

Resulta irónico comprobar que detrás del avance de la Liga del Norte, punta de lanza terrestre de la agresión norteamericana, comenzaron nuevamente a florecer los campos de amapola. Los campesinos recurrieron a su siembra masiva porque la droga se paga bien y cubre en lo inmediato la subsistencia de sus familias. Una consecuencia inevitable de la destrucción de la infraestructura agrícola en veinte años de guerra y una continuidad de la expansión del cultivo cuando la inteligencia pakistaní y la CIA norteamericana apoyaban a los muyahidines en lucha contra el gobierno revolucionario de Kabul y el ejército soviético.

Suponemos que el gobierno de Washington no exhibirá tanto entusiasmo para descertificar al nuevo equipo afgano y sus narcoguerreros,

³ Xavier Caño Tamayo, “La interesada reconstrucción de Afganistán”, en www.lainsignia.org, 27 de enero del 2002.

⁴ Joachim Bischoff y Bernhard Sander, “¿Cuál es el móvil de la guerra de Afganistán? ¿El petróleo?”, en www.lainsignia.org, 11 de enero del 2002.

como muestra con la guerrilla colombiana de las FARC, modelo de “narcoterrorismo”, según la administración republicana.

Resulta evidente que la política de dos pesas y dos medidas no se aplica solamente en Palestina, y que esos auténticos precursores del “Eje del Mal” no eran tan intratables cuando en 1997 llegaron a un acuerdo con Estados Unidos para construir los famosos oleoductos. Si las obras no se concretaron fue porque Kabul no controlaba todo el territorio y la oposición armada de los hazaras y la Liga del Norte presagiaba un escenario de indefinida inestabilidad. Además —es bueno precisarlo para entender el juego de intereses en pugna— la Liga tenía el apoyo de Rusia e India y los hazaras del gobierno islámico de Teherán.

Todo este complejo entramado de pugnas y la decisión de controlar los yacimientos petroleros y gasíferos habría inclinado a Washington a intervenir militarmente en Afganistán para octubre del pasado año.⁵ Los avionazos del 11 de septiembre y la pretendida autoría intelectual de Bin Laden resultaron el pretexto perfecto y la excusa oportunista para lanzar la nueva aventura militar.

Mientras en Afganistán resurgen viejos enfrentamientos y la resistencia armada provoca las primeras bajas extranjeras, Bush se prepara para una renovada agresión a Iraq. Los indicios en la prensa son cada día más numerosos y aun se rumorea que en abril comenzarían las operaciones. El secretario de la ONU, Kofi Annan, habla de la imprudencia de dicho plan, y Pat Robertson —ex secretario general de la OTAN— declara que no hay pruebas de la relación entre el 11 de septiembre y Bagdad. Los europeos se han mostrado reticentes y la Liga Árabe se ha expedido abiertamente en contra. El gobierno ruso, por su parte, en palabras del propio Vladimir Putin, ha declarado que Iraq no es Afganistán, y su inteligencia militar ha filtrado a la prensa su evaluación de la estrategia norteamericana. Según esta fuente, agentes de Washington están ofreciendo a los dirigentes curdos la formación de su Estado nacional a cambio de lanzarse hacia Bagdad precedidos de bombardeos aéreos para destruir el régimen de Saddam Hussein.⁶

Esta futura aventura parte de varios supuestos dudosos: que los curdos podrían repetir la tarea exitosa de la Liga del Norte; que Irán no intervendría sabiendo que podría ser la siguiente víctima; que Tur-

⁵ Xavier Caño Tamayo, “Petróleo, política y guerra”, en www.lainsignia.org, 18 de febrero de 2002.

⁶ Juan Pablo Duch, corresponsal en Moscú, “Alimenta Bush su nueva guerra”, *La Jornada*, 8 de febrero del 2002.

quía, aliada estratégica de Estados Unidos, aceptaría la mutilación de su territorio, lo cual afectaría también a Irán y Siria.

Resulta claro que Bush y su equipo, con la guerra mundial contra el “terrorismo”, buscan, entre otros importantes objetivos geopolíticos, balcanizar Iraq y apoderarse de sus yacimientos —la segunda reserva petrolera entre los países de la OPEP después de Arabia Saudita. Ello tendría varias consecuencias beneficiosas para su estrategia de dominación mundial: reforzaría su control sobre los países petroleros del Golfo, lo ubicaría en una posición de abrumadora ventaja para explotar los yacimientos de Asia Central y con este dominio acrecentado podría debilitar a la OPEP y presionar decisivamente a Asia y Europa.

Estos objetivos grandiosos parecen responder al apetito insaciable de recursos y poder del reciente unipolarismo superimperial. La realidad, empero, suele ser algo más arisca de lo que supone la planificación de los *think tanks* que tienden a sobreestimar las fuerzas propias y menospreciar las resistencias inevitables.

Si Bush piensa utilizar a los curdos, y extender su campo de operación a los países limítrofes donde viven minorías curdas, a esta estrategia se la podría llamar “patear el avispero”. . . Son muchas las interrogantes que entonces se acumulan: ¿qué opinan los turcos de estos planes?, ¿la guerra contra Bagdad no arrastraría a Irán y entonces el conflicto se extendería de Turquía a la frontera con China?, ¿cómo afectaría a los frágiles Estados musulmanes de la región, algunos aliados clave de Estados Unidos, como Arabia Saudita? Y, por último, ¿no reverdecería el islam político —“el fundamentalismo islámico” para los occidentales— como identidad de resistencia?

En lo que respecta al “Imperio del Bien”, el reforzamiento de su aparato militar es sencillamente abrumador y parte de una premisa cara a la mentalidad norteamericana: la omnipotencia de la tecnología bélica, del armamento sofisticado y masivo, que prescinde de la ocupación del territorio con efectivos propios, mientras otros hagan de tropas auxiliares. Pero el empleo de cierto número de unidades propias resulta inevitable y la experiencia afgana está mostrando un creciente involucramiento, con un ascendente número de bajas. Si bien la información está férreamente controlada, la población norteamericana, ante la prolongación temporal y extensión geográfica del conflicto, ¿no comenzará a resucitar en su imaginario el fantasma de la derrota vietnamita?

Todos los analistas coinciden en el interés prioritario de Washington y las conocidas compañías “hermanas” por controlar el petróleo del Caspio, como se benefician de los yacimientos del Golfo Pérsico. Estados Unidos consume diariamente 20 millones de barriles y sólo

produce entre 8 y 9; esta dependencia en aumento lleva a la actual administración a levantar restricciones ambientales y propiciar la explotación de los depósitos en Alaska, contando como abastecedores cercanos y seguros a México, Venezuela y Nigeria. A pesar de la importancia vital de los energéticos para una sociedad organizada como la norteamericana, existen también en Asia Central otros recursos que despiertan la codicia de las grandes compañías de los países centrales, por ejemplo bauxita, uranio, oro, plata, cobre, zinc, manganeso, wolframio, molibdeno, plomo y cromo. Para no insistir en el lucrativo negocio derivado de la amapola, cuyos mayores beneficios terminan siendo cosechados por los grandes bancos norteamericanos, según una investigación llevada a cabo por el propio Senado estadounidense y ratificada por la abundante información periodística en los últimos años.

Teniendo en cuenta las necesidades de expansión del capitalismo globalizador de hoy, y la estrategia superimperial de Bush después del 11 de septiembre, y evitando un extendido determinismo petrolero que cunde entre los analistas, surge la necesidad de controlar y estabilizar la región, que sufre un proceso de debilitamiento de sus ya frágiles formaciones estatales y de disgregación y enfrentamientos étnicos y religiosos que crean un ambiente de incertidumbre nada propicio para el avance de los grandes negocios.

El fracaso de los proyectos nacionalistas y socialistas en la región ha dejado vacíos que llena el islam político, que con su prédica *arcaizante* agudiza un choque cultural-civilizatorio que pone a la defensiva a los sectores laicos y fomenta una masiva reacción tradicionalista que denuncia como enemigo último al “Gran Satán” norteamericano.

Si comparamos lo que el capitalismo trasnacional está logrando en China —país-continente que padece nuevas y creciente contradicciones sociales y regionales pero bajo un férreo poder centralizado negocia con las fuerzas internacionales—, queda más en evidencia la necesidad del capitalismo globalizador y su brazo militar de poner orden en la región que va del Mediterráneo hasta el Sin Kiang chino.

Estas necesidades de largo plazo de la expansión capitalista y la guerra contra el “terrorismo”, declarada por el “Sheriff Global del Bien”, despierta las más variadas resistencias y sirve para los más distintos objetivos.

Aparte de la negativa europea y musulmana de sumarse a una segunda etapa de esta estrategia simplista y avasalladora, que ha desbordado totalmente los marcos de las leyes y las organizaciones internacionales, Rusia sigue vendiendo armas avanzadas a China, India e

Irán,⁷ y Corea del Sur no comparte la renacida agresividad de Washington hacia Pyongyang. Quizá la más importante negativa que ha recibido Bush resulte la del presidente chino Jiang Zemin de cortar las ventas militares a Iraq, Irán y Corea del Norte,⁸ los países integrantes del “Eje del Mal”.

El único gobierno que acompañaría a Estados Unidos en su aventura iraquí sería, al parecer, Gran Bretaña, si Tony Blair consigue controlar la rebelión de un número considerable de sus propios parlamentarios. Claro que en su locura belicista la administración republicana planea miniaturizar sus armas atómicas y el Pentágono considera siete países (sugestivamente, cuatro musulmanes Iraq, Irán, Siria y Libia, junto a China, Rusia y Corea del Norte) como objetivos de ataques atómicos en ciertas circunstancias que decidiría la Casa Blanca. Este tipo de planificación y su confirmación de hecho por los mayores responsables de la política exterior norteamericana—Colin Powell y Condoleezza Rice—no hacen otra cosa que agregar combustible al ya caldeado panorama mundial.⁹

Pero más allá de las filtraciones tremendistas y la inflamada retórica al uso, ¿en qué países se ha intervenido o proyectan intervenir? Aparte del caso iraquí, en el que parece ya haberse tomado la decisión de atacar, los otros posibles escenarios—sur de Filipinas, Somalia o Yemen—resultan un tanto irrisorios para tales demostraciones de músculo militar.

En América Latina, al contrario, la creciente participación del Pentágono en Colombia, considerando la fuerza militar de los insurrectos y los límites con cinco naciones y dos océanos, puede significar una escalada bélica de dimensiones imprevisibles. Sin embargo, en esta al parecer desbocada guerra mundial contra “el Mal”, no se ha vuelto a mencionar una posible irrupción en Indonesia, país clave en el juego de recursos y fuerzas en el sureste asiático, de un peso específico en el tablero mundial muy por encima de la desquiciada Somalia o el paupérrimo Yemen.

Además, después de la última gira por Asia con las manifestaciones opositoras en Corea del Sur y la negativa china de cortar la venta de armas, no parece que Bush fuera a atacar a Pyongyang. Si bien es innegable la inclinación belicista de la actual administración republicana-

⁷ Gilbert Achcar, “El juego triangular entre Washington, Moscú y Pequín”, *Le Monde Diplomatique*, edición mexicana, diciembre 2001-enero 2002.

⁸ *La Jornada*, 22 de febrero del 2002, p. 32.

⁹ “Un mundo más peligroso”, *El País*, 12 de marzo del 2002.

na, como buenos jugadores de póker, mienten y alardean para amenazar a sus enemigos y disciplinar a sus aliados.

¿A qué necesidades responde entonces este juego entre inquietante y macabro, esta repentina locura belicista? Los aviones del 11 de septiembre han sido manipulados como el pretexto ideal, y complementariamente Osama Bin Laden y la organización Al-Qaeda han sido inflados más allá de toda proporción. Washington, en realidad, nunca pudo convencer plenamente de que el saudita estuviera detrás de los atentados, que fuera su verdadero responsable intelectual. Como ya hemos visto, además, Estados Unidos planeaba desde antes invadir Afganistán, y el 11 de septiembre le permitió presentarse ante el mundo como la víctima de la agresión e iniciar su guerra mundial contra el “terrorismo” y los “Estados canallas”.

Para un equipo que llegó al gobierno con un pobre nivel de legitimidad, luego de unos manejos electorales que algunos analistas llegaron a comparar con un golpe de Estado, y con una economía en baja después de diez años de expansión, los atentados en Nueva York y Washington ofrecieron una oportunidad de oro para responder en varios frentes y para ganar en la inesperada coyuntura lo que no se ganó en las urnas.

La economía, simultáneamente, ofrecía un panorama poco alentador. El índice Nasdaq, expresión bursátil de la “nueva economía” que auguraba la superación de los ciclos y la prosperidad sin límites, cayó en breve tiempo 70% en su cotización; si las ramas del prometido milagro tecnológico mostraban su enorme fragilidad, la bancarrota de ENRON, un modelo de engaño y despojo masivos, dejaban en evidencia el carácter mafioso y depredador que ha adquirido el gran capitalismo norteamericano en los últimos años.¹⁰

Para demostrar que la quiebra de la multinacional texana no es una excepción, los periódicos financieros de Nueva York y Londres hablan de una enfermedad profunda del sistema: la *enronitis*, que afectaría a muchas empresas gigantes, entre ellas IBM y General Electric. Y para ilustración de los latinoamericanos sobre las bondades de las políticas neoliberales, se comprueba que los acuerdos corruptos entre empresarios y políticos no son una exclusividad de nuestro atraso “hispano”.

Otras lecciones podemos extraer de lo que ocurre en Estados Unidos después del 11 de septiembre. El presidente Bush, aparte de recurrir a un masivo keynesianismo perverso mediante un incrementado presupuesto militar, se ha lanzado a cometer otros pecados capitales contra la teología neoliberal que predica con fervor. Ha incrementado

¹⁰ William Pfaff, “La fiesta se acabó”, tomado de *Los Angeles Times* y publicado en *El País*, 10 de marzo del 2002.

en 30% los aranceles a la importación de productos siderúrgicos, medida proteccionista calificada por *The Economist* de Londres como perjudicial y estúpida.¹¹ Y además, para asombro de nuestros tecnócratas, ha solicitado al congreso una serie de beneficios fiscales a empresas y subsidios para desempleados con la finalidad de apoyar la reactivación económica que parece despuntar en Estados Unidos.¹² Es que una guerra mundial, aunque sea contra enemigos dispersos y difusos, cuando no imaginados, implica una estrategia económica que obliga a heterodoxias flagrantes.

A seis meses de los atentados de Nueva York y Washington, el escenario mundial muestra signos de un futuro turbulento y peligroso. Rusia pide explicaciones sobre su inclusión en la lista de los siete países probables blancos de ataque nuclear y se inquieta por las tropas norteamericanas asentadas recientemente en Georgia, en el Cáucaso petrolero; China también critica duramente su inclusión en la famosa lista nuclear y denuncia el despliegue de tropas en todo el mundo y, en particular, en Kirguizistán, en su frontera occidental, como una demostración de “la prepotencia militar” de Estados Unidos. En Afganistán reaparecen los talibanes y los milicianos de Bin Laden y se reagrupan en varias provincias cercanas a Kabul.¹³

En Colombia se fortalece el partido de la guerra y los paramilitares aumentan su poder en el Congreso, mientras en el país se profundiza la polarización y el presidente Pastrana pide mayor asistencia militar. El único aliado de peso en la cruzada “antiterrorista” de Bush, el gobierno laborista británico, tiene en el propio partido oficial un fuerte rechazo al muy probable asalto a Iraq.

Ante este creciente aislamiento internacional de Estados Unidos y las resistencias que se extienden de París a Beijing y de El Cairo a Moscú, a medida que en los distintos frentes se comienzan a producir las inevitables bajas, en el imaginario del pueblo norteamericano ¿no despertará el fantasma inquietante de Vietnam? ¿No reaccionará la hoy erosionada sociedad civil norteamericana y comenzará a resquebrajarse el frente interno? Los meses y años por venir nos darán las respuestas. En estos momentos el escenario mundial resulta incierto e inquietante, y la experiencia del siglo xx con sus guerras mundiales no sugiere que el camino de la confrontación armada nos convenga a los latinoamericanos.

¹¹ “George Bush proteccionista”, *The Economist*, 7 de marzo del 2002.

¹² “Autoriza Bush ampliación de subsidios para desempleados y alivios fiscales a empresas”, *La Jornada*, 10 de marzo del 2002.

¹³ *El País*, 12 de marzo del 2002.